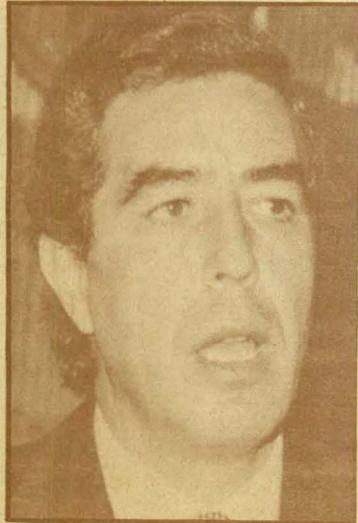


Todo Chiapas Es México

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Sepúlveda Amor... en Chiapas, desigualdad social inadmisibile.

Archibaldo Burns, ese espíritu fino que por desgracia regatea su tiempo a la creación artística en las letras y en el cine, es autor de una emocionante, conmovedora película sobre el libro de Ricardo Pozas, Juan Pérez Jolote. Estrenada hace una década, tuve la feliz oportunidad de verla de nuevo hace no mucho, y de apreciar otra vez no sólo sus valores plásticos sino el amor con que el cineasta se acercó a la tierra chiapaneca, a su gente, a sus costumbres. Aunque entre Burns y los chamulas y zinantecos que aparecen en su cinta hay, como dice Ricardo Garibay en frase feroz pero verdadera, diferencias de especie más que de grado, el testimonio filmico sobre la vida de los indios en Chiapas constituye un documento que no debería dejar de ver nadie,

entre quienes se preocupen por la integración de los mexicanos en torno de ideales comunes, si bien preservando la identidad de cada etnia y de cada región.

Apenas dibujada en la película, no deja de advertirse en ella la terrible explotación de que son víctimas los trabajadores indígenas en las fincas cafetaleras. El trabajo nómada se rige allí por reglas propias del feudalismo. En ello, y en el uso del alcohol como instrumento de dominación social, se compendia buena parte del atraso económico y social de Chiapas, que tiene también manifestaciones políticas de enorme gravedad. Ello se ha puesto en relieve en meses y aun semanas recientes, cuando aquí y allá en la entidad han estallado, por litigios agrarios o por disputas electorales, conflictos armados en que muchas personas han muerto, esa manera terminante de llevar al extremo una militancia del orden que sea.

La condición convulsiva de Chiapas, por esas razones estructurales, se ha visto agravada en tiempos recientes por querellas internas entre los grupos que allí han ejercido el poder. El gobernador Absalón Castellanos Domínguez no es bien visto por miembros de camarillas locales, sobre todo las que rodearon a los gobernadores más recientes, Manuel Velasco Suárez, Salomón González Blanco y Juan Sabines (hay que excluir de la lista a Jorge de la Vega porque su paso por la gubernatura, llegado desde fuera, duró lo que un suspiro), que se avienen mal al doble hecho de que ya no gobiernan y de que el general, al contrario de lo que probablemente esperaban, no ha acudido a ellos para gobernar sino que ha constituido su propio grupo, encabezado por su propio hijo. Este no tiene una función formal en el gobierno del Estado, pero es manifiesta su influencia sobre su padre y el carácter de jefatura que ha impuesto a su relación con empleados de alto nivel al servicio del general Castellanos Domínguez.

En medio de ese panorama estructural, y de tal coyuntura, Chiapas ha visto agravados sus problemas por circunstancias externas a la entidad misma. Primero, le cayó encima la maldición del petróleo. Los campos de Reforma, de donde procede gran porción del crudo extraído de pozos terrestres, produjeron toda la espantosa secuela de la explotación petrolera en tierras selváticas o destinadas a usos agrícolas. Si sólo hubiera sido la ecología la dañada, tendríamos pleno derecho a hablar, como dijimos, de una maldición. Pero hay mucho más que eso. Hay la sistemática destrucción de modos de vida, de estilos de relación, de alteración extrema de la sociedad primitiva sin mejorarla, aun considerando la mejoría dentro de los criterios de la civilización occidental.

Por última añadidura, ha ocurrido el fenómeno de los refugiados y su consecuencia, la frecuente vulneración de nuestra frontera por tropas, regulares o irregulares, del ejército guatemalteco. En un estado con vastas porciones dañadas por una pobreza ambiental que se antoja indescriptible, los campos de refugiados son enclaves de miseria entre la penuria. Para esos guatemaltecos, sin embargo, la seguridad que se deriva de vivir más acá de la frontera, supera a toda otra consideración, sobre todo cuando se sabe que las condiciones de vida de aquel lado del lindero son, tal vez, todavía peores que las vigentes en Chiapas, aun en condiciones de normalidad.

Por todo ello, Chiapas se ha convertido en un punto neurálgico de la geografía política mexicana. Ha sido un acierto del gobierno federal considerarlo así, y dedicar por ello a esa entidad el primer plan estatal y especial que produce un sexenio que ha hecho y hará de la planificación su principal motivo de orgullo. La semana pasada el Presidente de la República anunció el Plan Chiapas, sobre la base de otorgar a la comarca una peculiar importancia estratégica.

Ya se sabe que los hostigamientos del ejército guatemalteco a la frontera mexicana expresan, por una parte, la realidad terrible de que nuestra frontera norte ha trazado una prolongación en el otro extremo de nuestra república, pues la política de Guatemala tiene una exacta correspondencia con la de los Estados Unidos, en torno de Centroamérica y en relación con México; y por otro lado, busca promover la militarización de la zona fronteriza. Conseguir este objetivo significaría para el régimen especialmente bárbaro del general Ríos Montt permitirse el lujo de concentrar su esfuerzo militar en otras regiones de su propio país, pues el nuestro le habría hecho el avío de cortar las corrientes migratorias hacia México, y en la perspectiva del gobierno de Guatemala, de cerrar las vías de tránsito hacia y desde los santuarios de guerrilleros que, según ese gobierno, son los campos de refugiados.

Por todas estas razones no fue extraño que el canciller Bernardo Sepúlveda fuese el encargado de representar al Ejecutivo federal en la ritual firma del Convenio Único de Coordinación. Se conoce bien el hecho de que el Secretario de Relaciones Exteriores participa casi nada habitualmente en actividades de política o administración interior. Pero en el caso de Chiapas, se ha impuesto felizmente una visión que ata la doble perspectiva. Se trata de una entidad a la que habría que impulsar por razones intrínsecas a ella misma, pues allí prevalece una desigualdad social inadmisibile. Pero al mismo tiempo, el conflicto social latente que allí puede sentirse la hace una frontera muy vulnerable, y por ende se convierte en asunto de seguridad nacional, de política exterior.

El Senado de la República, a su turno, abrió un ciclo de información sobre el tema, sabedor también de la doble dimensión del problema chiapaneco. En esas dos vertientes se ha fincado el conjunto de las actividades que se proponen integrar física y socialmente a la entidad donde todavía prevalecen tantos enclaves de aislamiento.

El plan suena especialmente bien porque al contrario de lo que se temía de un equipo muy marcado por aires tecnocráticos, la concepción política y hasta humanista que impregna el documento en que se anuncian las acciones corresponde al género real de problemas y conflictos a los que debe enfrentarse la acción estatal, tanto federal como estatal.

En la película de Burns con cuya memoración comenzamos estas líneas, el protagonista es no un actor, sino un profesor y antropólogo. Casualmente, Cándido Coeto, que encarnó a Juan Pérez Jolote, es hoy el director general de Educación Indígena en la SEP. Más allá del rango burocrático, se aprecia en el hecho una metáfora de realización humana que quisiéramos ver repetida una y otra vez en todos los indígenas chiapanecos, merced a los efectos de este plan que por otro lado puede servir de valladar que resguarde nuestra soberanía.

25 / V / 83